

UN CAMBIO DE VIDA.

Parece un hecho cierto que, con el paso del tiempo, la pasión sexual se va apagando en muchos matrimonios. Y las causas no son siempre puramente físicas: incluso parejas bien parecidas terminan sufriendo el hastío al que conduce la falta de estímulo sexual.

Ahora me parece casi imposible imaginar que Ana y yo estuviésemos casi a punto de romper nuestro matrimonio por esa causa. Aquel día de la primavera del 95 amenazaba tormenta, en todos los sentidos.

- ¡Ya sólo falta que me digas que estás liado con otra!.
- ¡Pues mira, ahora que lo dices, no es tan mala idea!.

Desde el verano anterior me costaba cada vez más encontrar en Ana el atractivo de los primeros días y eso se traducía en que ya no salíamos tanto como antes, no hablábamos tanto como antes y no hacíamos el amor tanto como antes.

Por la noche, ya en la cama y más calmados, intentamos analizar qué era lo que nos pasaba. Ella debía sentir aún resquemor por mi contestación en la discusión anterior o quizá aquello le sirvió de excusa, no lo sé.

- ¿Has fantaseado alguna vez con otra mujer mientras hacías el amor conmigo?. - la sonrisa pícaro de sus labios no consiguió diluir del todo el brillo morboso de sus pupilas.

Yo, como siempre que había de enfrentarme a una pregunta comprometida, opté por responder con la verdad.

- Sí, ¿y tú?. -le espeté sin darle tiempo a responder.

Ella me miró a los ojos, perdida ya la sonrisa de sus labios, tratando de adivinar qué clase de respuesta esperaba yo oír. Supongo que decidió arriesgarse con la verdad, en vista de que yo había hecho lo propio.

- También

A mí no me sorprendió aquella respuesta. ¿Por qué habría de sorprenderme?. Si yo era capaz de imaginarme haciendo el amor con otra sin sentir que le estaba siendo infiel a Ana, parecía lógico que a ella le sucediera otro tanto.

- ¿Y te sentiste culpable en algún momento? -le pregunté.
- ¿Y tú?.
- No. Sabía perfectamente que eras tú la que estaba conmigo, pero por algún motivo me atraía la idea de recorrer otros cuerpos mientras tú mirabas.
- Así que ahora me vas a salir exhibicionista, ¿no?.
- Vaya...., ¿Y cómo eran tus fantasías?

¡Para qué le preguntaría nada. Lo que siguió a continuación fue una especie de resumen abreviado

de todas las películas porno que yo había visto en toda mi vida: tríos, dobles parejas, con tras hombres, con otras mujeres, sexo anal, bucal, vaginal, manual Una hora más tarde, ella dejó de hablar al darse cuenta de que mi pene estaba erecto. Lo miró, me miró y el día acabó bastante mejor de lo que había empezado.

A partir de aquí la cosa fue bastante rápida. Decidimos arriesgarnos, en vista de que el futuro de nuestro matrimonio se presentaba bastante dudoso y visitamos un local en el que se daban cita parejas con la sana intención de intercambiar.... se.

Un clásico ambiente rojizo, música suave, mobiliario de buen gusto y gente absolutamente normal, sin apariencia alguna de ser profesionales del sexo. El portero nos observó brevemente antes de franquearnos el paso, el camarero nos sirvió un par de combinados, “cortesía de la casa”, dijo con una sonrisa, y nos acodamos en la barra sin saber muy bien qué hacer a continuación.

No tuvimos que esperar mucho. Una pareja más bien madura se acercó hasta nosotros, cogidos de la mano y sonriendo tímidamente.

- ¡Hola!, somos Ginesa y Aurelio, ¿vosotros sois nuevos, verdad?.

- Pues sí... -dije yo- Ella es Ana, mi mujer (como si eso le importase a alguien) y yo soy Roberto, su marido (como si eso no hubiera quedado claro con la tontería anterior).

Ambos sonrieron más ampliamente.

- No os preocupéis. - repuso Aurelio- Nosotros también estábamos un poco nerviosos antes de venir aquí por primera vez. ¿Qué os parece si nos sentamos más cómodamente?.

Aurelio se sentó junto a Ana y Ginesa lo hizo a mi lado, ambos en la parte exterior de los sofás, junto al pasillo. Había otros grupos a una conveniente y discreta distancia pero ninguna orgía, aparentemente. Ellos llevaron el peso de la conversación y poco a poco nos fuimos relajando. Era evidente que quienes acudían a aquel local eran personas perfectamente educadas y tolerantes.

Debo reconocer que Ana me sorprendió. Aprovechando un instante en que Aurelio había colocado la mano sobre su rodilla, ella, con toda naturalidad, puso la suya encima y acarició suavemente el dorso con su pulgar. Ginesa me gustaba, para qué negarlo, mas me sentía cohibido y necesitaba un empujoncito. Ella pareció percibirlo y untó su hombre al mio colocando su mano en la parte interior de mi muslo y depositando un suave beso en mi cuello.

Nos invitaron a su casa, no demasiado lejana, hasta la que llegamos andando. Como la conversación había subido ya varios grados no perdimos mucho tiempo. Tras ayudar a Ana a quitarse el abrigo, Aurelio la abrazó por detrás y la besó, aprovechando para subir sus manos hasta sus pechos. Ginesa no me dejó mirar mucho tiempo, se colgó de mi cuello y amoldó su cuerpo al mio como si quisiera impedir el paso a cualquier partícula de aire.

Rápidamente volaron las ropas de nuestros cuerpos y durante mucho tiempo fijé toda mi atención en los pequeños y duros pechos de Ginesa. Sus pezones parecían querer salirse y vibraban cálidos

bajo mi lengua. Sus manos aferraron mi pene y comenzaron a deslizarse suavemente sobre él. Sólo cuando me di la vuelta sobre el sofá pude ver a Ana con sus piernas abiertas, acariciándose los pechos mientras Aurelio hundía la boca en su vagina y uno de sus dedos en su culo. La cabeza de Ana estaba girada hacia un lado y su vientre subía y bajaba acompañando las caricias del otro.

No me sentí celoso, por el contrario, mi excitación se disparó como hacía mucho que no lo sentía y Ginesa debió notarlo pues abarcó con sus labios todo mi pene erecto y aumentó la frecuencia de sus movimientos.

Poco a poco, imperceptiblemente, nos fuimos aproximando sobre la moqueta y compusimos un cuadro digno de la mejor de las películas porno. Ginesa tomó el miembro excitado de Aurelio y empezó a masturbarlo con la boca. Sin detenerse, con la facilidad de quien sabe lo que quiere, alcanzó una pequeña botella de la mesita y lubricó su ano introduciéndose dos dedos para luego coger mi pene y apretar sus glúteos contra él hasta que se metió completamente.

Parecía como si Ana fuera a quedar desplazada de aquella situación; sin embargo, rápidamente inventó el modo de unirse a nosotros. Se tumbó de costado, abriendo sus piernas y ofreciéndose a Aurelio, quien no tardó demasiado en girar su torso para aprovechar la golosina que se le ofrecía. Los pechos de Ginesa estaban al alcance de Ana y mio, ... y entre los dos nos encargamos de abarcarlos. Ana también hizo algo curioso: con su mano libre agarró mis testículos y estiró un dedo, cada vez que yo empujaba sobre el culo de Ginesa el dedo de Ana rozaba su clítoris.

De pronto no pude más. La presión del ano de Ginesa sobre mi pene actuó como una bomba hidráulica y mi semen empezó a salir a borbotones sobre su espalda y sus glúteos. Aurelio y ellas no tardaron demasiado en alcanzar el orgasmo, relajándonos todos, jadeantes, sin oír más que nuestras respiraciones entrecortadas.

¿Han probado alguna vez una bañera con hidromasaje después de hacer el amor?. Las burbujas del agua descomponen tu piel en pequeños trozos del paraíso y las burbujas del champán dan un sabor especial a unos pechos de mujer bien dispuestos. Pero ésa es ya la continuación de lo que resultó ser el mayor cambio de nuestras vidas.

FIN.

Por Antonio Diego Duarte Sánchez (27.428.747-M)